

## Una visita al volcán Chichonal.

**Laureano Reyes Gómez.**

Centro de Estudios Universitarios -UNACH.

En realidad, es la segunda ocasión que visito el volcán Chichonal. El primer viaje lo efectué del 27 al 29 de abril y el segundo del 14 al 16 de noviembre de 1992. La descripción de este escrito corresponde a la segunda visita, como parte de un proyecto central que pretende reconstruir el proceso migratorio forzoso que sufrió la población zoque, a consecuencia del Chichonal.

El equipo, compuesto por Antonio Gómez Hernández, Eneas Cancino Trujillo, Manuel Ramos Martínez, Carlos Fernández Liria, y quien escribe estas líneas, todos trabajadores del CEU-UNACH, pernoctamos la noche del 14 de noviembre, en la Colonia “Viejo” Volcán Chichonal.

Los escasos catorce repobladores de la colonia, han vuelto en forma paulatina a tratar de recuperar sus antiguas tierras, de donde fueron expulsados a raíz de la erupción del Chichonal, sucedida el 28 de marzo de 1982.

Don Saúl Altunar, vecino de la Colonia “Viejo” Volcán, quien fue nuestro anfitrión, recuerda que un par de semanas antes de que el volcán entrara en actividad explosiva, *Piombachu’e* –La señora que vive en el volcán– bajó a las aldeas aledañas a invitar a los vecinos a celebrar su fiesta de cumpleaños próxima a efectuarse. Anunció que halagaría a sus invitados con nutrida cohetería, luces multicolores y bombas de cámara, conocidos también como morteros.

*Piombachu’e*, resaltaba su belleza con su característico enredo rojo y blusa blanca, bordada con flores en las mangas y cuello. Su atuendo lo complementaba con víboras, que hacían las veces de collares y de pulsera, usaba vistosas serpientes.

La gente, atemorizada, le huía; situación que incomodaba a

*Piombachu'e*, y le obligaba a tomar otros rumbos. Así visitó riberas, colonias, rancherías y pueblos. En Esquipulas Guayabal, por ejemplo, solicitaba a los jóvenes se casaran con ella, y prometía hacer una fiesta sin precedentes. En la colonia El Naranjo, dijo que ofrecía a su hija en matrimonio; ante el rechazo sistemático, *Piombachu'e*, montada en cólera, buscó refugio en su morada, no sin antes anunciar que pese a toda negativa, la fiesta la haría, y en grande.

Entonces los temblores se hicieron más intensos, la tierra se sacudía con furia y del interior surgían ruidos extraños. No había duda, *Piombachu'e* hacía los preparativos.

La gente de la colonia El Volcán y otros pueblos vecinos, se empezaron a organizar para saber cómo afrontar la inminente catástrofe. Fue así como los del sector protestante aprovecharon la ocasión para anunciar el fin del mundo, argumentando que *Piombachu'e* en realidad era "la tentación misma", y si querían salvar sus vidas, habrían de convertirse a adventistas del séptimo día; el grupo de católicos tradicionalistas, los "san migueleros", consultaron la caja parlante, donde a través de un "medium", San Miguel Arcángel, vaticinó que "a finales de marzo o a principios de abril, tronaría el cerro". En cambio, los más ancianos estaban seguros que sus antiguas deidades no los abandonarían en los momentos de crisis; las opiniones estaban divididas.

Los santos patronos de cada poblado salieron a la defensa de su gente. Así, se asevera que San Marcos, en el pueblo de Ocoatepec, sostuvo una singular batalla contra *Piombachu'e*. Dos meses antes de la erupción, llegó al pueblo la maléfica Señora del Volcán, invitando a todos sus moradores a participar para que disfrutaran de los fuegos artificiales que ofrecería en honor de sus cumpleaños.

San Marcos, comprendiendo el lenguaje metafórico de la anfitriona, y ante la imposibilidad de evitar la fiesta, retó a *Piombachu'e* a batirse en singular duelo, en donde se jugaría el destino que habría de correr su pueblo. Los acuerdos a que llegaron consistían: Si *Piombachu'e* ganaba la batalla, sus invitados principales serían los habitantes de Ocoatepec, a quienes halagaría con lluvia de luces multicolores; si perdía, no los podría invitar a su fiesta y aunque durante la celebración de su cumpleaños lanzara cohetes, éstos no los alcanzarían.

Una vez establecidos los pormenores se inició la batalla. San Marcos, valiéndose de su león alado con dos espadas de oro, mismas que lanzaban llamas, logró por fin vencer a *Piombachu'e*.

Tras ser derrotada, buscó refugio en el volcán. A fin de cuentas el cumpleaños sí se celebró, los cohetes que anunciaban su fiesta con fuertes explosiones y las nutridas luces que iluminaron el cielo, por fortuna, no causaron mayor daño, y el fuego tomó el cauce de las cañadas. Los habitantes de Ocoatepec, aunque buscaron refugio temporal en otros lugares, la comunidad no fue destruida, no obstante estar situada a escasos diez kilómetros lineales del volcán. San Marcos había hecho valer su triunfo.

Se dice que el león alado, nahual de San Marcos, se encuentra en la fachada de la catedral de Tuxtla Gutiérrez, como vigía, cuidando que la malvada *Piombachu'e* no haga de las suyas.

El volcán "está vivo", comentaba don Fausto, refiriéndose no a que el volcán se encuentre activo, sino a que "tiene encanto", atrae a las personas, incluso narró el hecho de cómo un helicóptero de PEMEX, que sobrevolaba el cráter, fue "tragado" por el volcán, cobrando más víctimas por querer extraer el petróleo de sus dominios. Narra también cómo *Piombachu'e* se comunica a través de túneles, del Chichonal, al Tacaná, pudiendo también escoger otros cerros para hacer de ellos, nuevos volcanes.

Mucha gente viene por acá a visitar el volcán --comentó don Fausto--. Si tienen la suerte de encontrar a "La Señora" pueden pedirle riquezas. Unos señores la vieron y le tomaron fotografía; yo vi la foto, clarito se ve cómo trae en sus manos ramas de café en flor. Mis paisanos también la han visto bañándose en la laguna, por aquí anda, tal vez con un poco de suerte la veas. ¡Tómale foto! ¡tómale foto! y me la enseñas.

¿Nuestros santos? ¡Quedaron enterrados! Da lástima, pero la colonia El Volcán no estaba acá, estaba más arriba, todo quedó tapado, no se ve ni la iglesia. El río tampoco pasaba por este lado, todo cambió. Estas tierras eran trabajaderos, cafetales y potreros; ahora sólo arena, azufre y piedras; pero aquí están enterrados nuestros muertos, nuestros ombligos, nuestro pueblo...

Toda la noche llueve a cántaros, y así amanece el 15 de noviembre. Iniciamos el camino, nos espera subir tal vez ocho kilómetros más o menos. La vegetación está compuesta de pastos, algunos líquenes, orquídeas y sólo vi un ocote de escaso un metro de altura. Atravesamos grandes cañadas con altas paredes de arena y roca, que dan la impresión que de un momento a otro se van a desplomar, más aún con la lluvia. La Cañada en tramos se vuelve estrecha y sólo permite el paso en fila india.

Bastante exhaustos alcanzamos encumbrar, después de dos horas y media de camino, el cráter del volcán. En realidad no podíamos apreciar

mayor cosa, la neblina era bastante densa y la lluvia, persistente. Tomamos un merecido desayuno.

Sin embargo, el extraño ruido que desprendían las fumarolas que salían del interior del volcán y el lago de un color azul turquesa y verde jade, que se dejaba ver a ratos cuando la dirección del viento cambiaba y despejaba el área de la neblina, el paisaje incitaba a bajar al interior del cráter. ¡Ahora comprendía que en realidad el volcán tenía un poder de atracción irresistible!, constituía todo un reto, con una rara mezcla de miedo y emoción profunda.

Un grupo de voluntarios, constituido por Carlos Fernández Liria, Antonio Gómez Hernández, nuestro guía zoque, y desde luego yo, iniciamos el descenso al interior del cráter. Nos abrimos paso por difíciles pendientes y poco a poco nuestro objetivo se encontraba cada vez más cerca.

Por fin, el lago del interior del cráter se encontraba a nuestros pies. Cada uno buscaba imprimir las mejores placas fotográficas, yo, en cambio, filmaba en video el evento. Recorrimos las márgenes de las cálidas aguas del lago, más adelante se encontraban las fumarolas y su ensordecedor ruido, así como las sulfatas con su característico color amarillo y penetrante olor a azufre.

Insoportables ondas de calor nos invadían, los ojos ardían y lloraban, había dificultad respiratoria y pronto el pánico se apoderó de nosotros; imposible penetrar más allá de las pequeñas fumarolas. Ahora comprendía en carne propia, que el volcán estaba vivo: llamaba, y sin medir peligro alguno, podría uno ser presa fácil de *Piombachu'e*.

El agua brotaba a borbotones, el calor transminaba nuestros zapatos, y el ambiente cálido se volvió intenso. No obstante de la pertinaz lluvia.

Teníamos que gritar para comunicarnos, aunque algunos de nuestros compañeros quedaban totalmente anonadados; sólo alcancé a escuchar tenuemente “esto es el infierno”.

En realidad, es difícil describir el interior del cráter del volcán, sólo recuerdo que ofrece un panorama dantesco, caracterizado por altas columnas de vapor que salen a través de fumarolas y ruidos espantosos, aunque debo confesar también, una belleza inaudita. Recuerdo también un calor insoportable y haber sentido el miedo más grande que haya experimentado jamás, cuando por un cambio repentino del viento me vi envuelto en una densa niebla candente, sin poder ver más allá de mis narices, ni poder respirar. Vino a mi mente entonces “el volcán está vivo”, y alcancé a gritar:

¡Atrás!, ¡atrás!, y trastabillando salí de la nube que me atrapaba.

La atracción que sentíamos del volcán se volvía irresistible, pero pudo más el miedo y el instinto de sobrevivencia, por lo que decidimos observar las fumarolas desde una distancia prudente.

Nuestros compañeros que se habían quedado en la cresta del volcán, decidieron emprender el regreso a la colonia, pues eran víctimas del frío y la lluvia; en cambio nosotros, las ondas cálidas hacían de las suyas, y el aire enrarecido afectaba las vías respiratorias, en tanto que nuestros ojos presentaban fuerte irritación.

Finalmente, nos despedimos del volcán y emprendimos el ascenso del interior del cráter, a la cresta. Exhaustos echamos una última mirada, con la esperanza de volver a visitarlo de nueva cuenta.

Ya en la colonia, reunido todo el equipo, intercambiamos impresiones. La gente nos preguntaba: ¿encontraron a *Piombachu'e*?, tal vez ustedes no la vieron, pero ella los estuvo vigilando todo el tiempo.



Interior del cráter del Volcán Chichonal  
Foto. Carlos Fernández Liria. 1992.



Colonia "Viejo" Volcán  
Foto. Laureano Reyes 1992.



Camino al volcán Chiochonal  
Foto. Manuel Ramos Martínez 1992.



Don Saúl Altunar, en el borde del cráter del  
Volcán Chichonal. Foto. Laureano Reyes 1992.



Lago y fumarolas del Volcán Chichonal  
Foto. Laureano Reyes. 1992.